

Con el colea cuestas

Un museo con patas, un teatro en la calle, cine a la antigua usanza, canciones, charlas y lecturas en voz alta en plena plaza del pueblo. No es un circo, ni un espectáculo callejero, ni una jornada festiva de cualquier localidad alavesa. Se trata de un grupo ambulante que hace unas cuantas décadas se empeñó en demostrar que los pueblos también existen y que, por tanto, la educación, las novedades de las ciudades y la cultura también debían llegar a ellos. Con una gran inversión -todavía en pesetas- y grandes dosis de esfuerzo y dedicación, durante la II República, las Misiones Pedagógicas dejaron en los pueblos alaveses un legado cultural del que aún hoy quedan vestigios.

Y es que invertir en educación es garantizar un futuro. Hoy en día ir al colegio es un derecho de todos los niños del mundo, y la obligación de instituciones y padres radica en que los más pequeños tengan la oportunidad de hacerlo. Aunque las vacaciones apagan los enfados por no querer ir a la ikastola o por tener que hacer los deberes, pocos tienen en cuenta que hubo una época no tan lejana en la que ir al colegio era un privilegio y que aún hoy, en ciertas partes del planeta, el que va a clase es un afortunado.

Con cerca de la mitad de la población sumida en el analfabetismo y con un área rural monárquica que desconocía avances como el cine, la imaginación de los pasajes de las grandes novelas o los beneficios de la enseñanza, los mandatarios del Gobierno republicano destinaron cerca de dos millones y medio de las antiguas pesetas durante cuatro años a un proyecto cuyas huellas permanecen en la memoria y el recuerdo de muchos alaveses. El 17 de marzo de 1932, las Misiones Pedagógicas llegaban a Álava para pasar unos días en Ventas de Armentia, Añastro, Treviño Peñacerrada, Lagrán, Bernedo, Pipaón y Zalduendo con el complicado objetivo de enseñar todo un mundo a mayores y pequeños de la zona, fomentar la cultura y ayudar a los maestros de pueblo a mejorar su tarea docente.

Durante varios días, estos pueblos se transformaban y abandonaban la quietud y las tareas ordinarias para crear, con los misioneros, un ambiente prácticamente festivo en el que se sucedían actividades como charlas, proyecciones de cine, lecturas en voz alta, audiciones de música, exposiciones de un museo ambulante, obras de teatro, excursiones y juegos para los más pequeños. Misioneros con mucha maña No eran jesuitas. Algunos tampoco contaban con el título de profesional en su carpeta. Pero muchos de los que han escrito sobre los misioneros destacan el carisma, el talante y el esfuerzo de todas las personas que tomaron parte en el proyecto. Alguna vez cobraban un pequeño sueldo, otras veces ni eso. A pesar de todo, muchos eran estudiantes, jóvenes idealistas y soñadores que contagian sus ganas de enseñar y de aprender a todo aquél que se pusiese delante de ellos, personas a veces un tanto hostiles a su presencia en los tranquilos poblados, por aquello de que eran republicanos, los locos progresistas.

Los actores de teatro eran en su mayoría estudiantes de la capital que interpretaban obras de Lope de Vega y otros autores españoles. Tras un viaje en autobús, recorrían la localidad de turno en busca de trajes y demás elementos

para decorar un pequeño tablado de quita y pon adecuado para el ajetreo y la temporalidad de sus estancias. Además de las habituales obras de teatro, con el tiempo crearon también el Teatro de Fantoches, un número de guiñoles que hacía reír a mandíbula batiente en plena plaza a aquellos que habitualmente lo hacían al abrigo de sus humeantes chimeneas.

María Moliner elegía, mientras sus compañeros de las misiones deambulaban por la España rural, los libros que completarían las pequeñas y únicas bibliotecas que los inaccesibles pueblecitos tendrían meses después. Hay quien se atreve a afirmar con seguridad que la labor de este grupo fue una de las mayores campañas a favor de la lectura jamás vistas en el Estado, ya que llevó libros a donde no los había y fomentó la curiosidad en quienes seguían pensando que un libro no servía más que para calzar una mesa renqueante. Y las cifras hablan por sí mismas: en esos cuatro años se crearon más de 5.000 bibliotecas rurales con 500.000 libros repartidos por los lugares más recónditos de la geografía peninsular. Para los niños, Perrault, Andersen, Poe y Swift. Para los más mayorcitos, Cervantes, Quevedo, Dickens, Tolstoi y Bécquer. Porque aprender a leer y el gusto por la lectura no tienen edad.

Pero los libros no eran lo único que traían consigo las Misiones Pedagógicas. Los voluntarios también ofrecían la posibilidad de realizar escuchas colectivas de música de autores como Bach, Verdi, Puccini o Schubert. Tras las piezas, el debate sustituía a las notas y las opiniones silenciaban a los instrumentos. Además, para que el trabajo de las misiones no se quedara en una simple anécdota, como una de esas batallas que los abuelos contaría después a sus nietos, los voluntarios dejaban en los pueblos un gramófono con discos a cargo del maestro de la localidad para que siguiera inculcando el placer por la música más allá de la trikitixa o el txistu, llegando hasta las lejanas tierras de los violines, las flautas o las arpas.

Al contrario de lo que ocurría con las audiciones, no todos tenían la suerte de poder observar la exposición ambulante que organizaban las misiones. Las copias del museo del Prado que lo componían viajaron miles de kilómetros durante el tiempo en que las Misiones Pedagógicas fueron más que una utopía, pero sólo pudieron ser expuestas en lugares grandes que no todos los pueblos poseían. A pesar de todo, las copias de cuadros de El Greco, Goya, Velázquez o Murillo fueron observadas por cientos de personas que jamás habían puesto un pie en Madrid ni lo pusieron, quizás, en el futuro.

Pero lo que más revuelo creaba eran las sesiones cinematográficas. Tanto las películas como los pases de fotosatraían a todo el pueblo y lo congregaban como tan solo las fiestas patronales podían hacer una vez al año.

Con estancias máximas de diez días en cada pueblo, los voluntarios de las misiones, en su mayoría estudiantes -algunos tan famosos como Lorca, Cernuda o Machado-, profesores e inspectores, dejaban tras de sí copias de obras famosas que se hallaban en el Prado, pequeñas bibliotecas que entonces no lo eran tanto y gramófonos con música para que los maestros siguieran con la labor emprendida durante esos días. Además, las misiones lanzaban un sinfín de iniciativas y nuevas ideas que planteaban tras realizar un minucioso estudio de la situación, los recursos y el entorno de cada pueblo. Por otra parte, los voluntarios recogían canciones y leyendas de la región para evitar su pérdida con el paso de los años.

En Álava, también con todo, las Misiones Pedagógicas no llegaron a todos los pueblos, puede que no lograran alcanzar ni la mitad de ellos. Pero, en los que estuvieron, su huella fue imborrable. En la memoria de algunos, las misiones serán unos días de color y de animación y en la de otros el descubrimiento de la forma de vida de las ciudades. Roberto Alonso, un vecino de Miranda de Ebro cuyos padres son naturales del Condado de Trebiño, lleva tiempo investigando las misiones que tuvieron lugar en esta zona. Debido a los lazos afectivos que le unen a estas localidades, Alonso está tratando de conocer la obra de las Misiones Pedagógicas en Álava y ha indagado en archivos y colegios para esclarecer esta pequeña parte de la Historia. Con su trabajo, ha sacado del olvido pruebas que dejaron tras su paso las misiones, ya que ha contabilizado que éstas dejaron en los pueblos de Trebiño, además de recuerdos, materiales como un gramófono, tres bibliotecas con cien libros cada una y muchas fotografías. Según afirma Alonso, aún hoy, en el colegio público de Trebiño, se conservan un separador de hojas y libros sellados de aquella época. Este hombre comenta que Treviño ofreció una ayuda de 500 pesetas a los misioneros -entre los que se encontraban Juan Llarena, un inspector de enseñanza; Emilio Latorre, un profesor universitario; y Antonio Sánchez Barbudo, un escritor y profesor- que, sorprendidos por tan inusual gesto, rechazaron el regalo. Sin embargo, según relata este investigador de las misiones, el empeño de los habitantes hizo que dicha cantidad fuera enviada a Madrid, al Patronato de Misiones Pedagógicas dirigido por Bartolomé Cossío, donde recibieron la ayuda con agrado y la recogieron en sus archivos, que hoy descansan en la capital. A pesar de que la información de los archivos es muy valiosa, Roberto Alonso está tratando de encontrar personas que hayan vivido la experiencia de las Misiones Pedagógicas o que tengan en su poder fotografías de cuando las misiones estuvieron en Álava para conocer de primera mano a los verdaderos protagonistas.

El final o el principio Aunque las Misiones Pedagógicas existieron hace décadas y finalizaron con la Guerra Civil, la idea de estos grupos ambulantes se ha mantenido hasta hoy. El sonido de la contienda civil quizás silenciara las esperanzas de quienes trabajaban en las Misiones Pedagógicas, ya ahogadas económicamente desde que la CEDA llegó al Gobierno de la República. Pero los cimientos eran sólidos y la idea derrochaba buena fe y ganas de eliminar las diferencias entre la ciudad y el campo que hacían que el entorno rural tuviera un carácter secundario. Las misiones murieron con la guerra, pero permanecieron en el recuerdo de mucha gente.

De esta manera, en la década de los cuarenta, varios países latinoamericanos como Uruguay y Colombia tomaron la idea de las misiones y trataron de aplicarla en sus pueblos. Y no sólo eso. En la actualidad, decenas de ONG, a modo de grandes Misiones Pedagógicas, recorren Asia, Oceanía, África y Latinoamérica persiguiendo el cumplimiento de un sueño llamado educación universal tan vilmente castigado por algunos gobiernos, más pendientes de los mercados armamentísticos internacionales que de su población. Así, se han creado bibliotecas móviles en Zimbawe y auténticas escuelas móviles en Nicaragua o Guatemala, como la Mobile School, una ONG belga que promueve la educación de los niños de la calle en las regiones más desfavorecidas del mundo. La educación es un derecho de todos y es la llave para el progreso. Que todas las personas de los pueblos tuvieran unas nociones básicas de la cultura y que el analfabetismo alcanzara cotas más bajas era el objetivo de las Misiones Pedagógicas entonces y es el quizás utópico fin que persiguen miles de voluntarios y profesores de todo el mundo hoy en día.